

Senegal

“Los emigrados deben despertarse y recordarse de sus orígenes.”

Kadia se juntó con su esposo senegalés en 1970 en Belfort, al Noreste de Francia, en un barrio considerado peligroso, pero no se adaptó a esta nueva vida. Cuenta como ella le pidió a él que se quedara con sus tres hijos en Francia para ella irse con el más joven de dos años a Senegal: « quédate con tus hijos (...) Ninguno de los hijos me va seguir, ya que cada vez que me voy a Dakar, lo poco que me mandas no me alcanza para vivir. Entonces no me llevo los niños. »

Cuando sus hijos iban a ir a Senegal para las vacaciones, Kadia les pidió que llevaran consigo ciertos papeles administrativos, los cuales le permitieron, después de descansar en casa de sus padres, volver a Francia. Una asistente social senegalesa valoró su coraje y le propuso involucrarse en la defensa de su comunidad. Encontró trabajo en Tourcoing, en el Norte de Francia, pero lo dejó después para crear una asociación de defensa de las personas sin papeles, independientemente de su nacionalidad. Hace tres años, Kadia se enfermó y uno de sus hijos le pidió que volviera a París para cuidarla. Kadia vive ahora en París. Se siente orgullosa de que todos sus hijos e hijas trabajen y nunca hayan tenido problemas con la justicia.

Kadia ha ido todos los años a Senegal pero nunca ha invertido dinero allá. Nunca había pensado en regresar a Senegal pero las condiciones actuales (costo de la vida y la política de inmigración en Francia) la están empujando a hacerlo. Al igual que un grupo de mujeres y de hijos e hijas, va a invertir en un alojamiento en Dakar que alquilará para pagar las mensualidades del préstamo. « Hay que dejar la costumbre de vivir en casa de tu padre o de tu madre, hay que tener tu propia casa donde vivir para tu retorno. Ahora, es lo que todas buscamos, tener nuestra casa con nuestros hijos.»

« En los años 1971/72 hasta 1980, no había ninguna mujer que trabajaba aquí. Las mujeres empezaron a trabajar a partir de 1992-1995. (...) Ni siquiera tenía cien francos para enviar a tu madre. Eran ellos que lo tenían todo. (...) Ahora, nosotras las mujeres nacidas en Dakar, hemos rechazado esta situación. Les hemos mostrado que somos instruidas, que tenemos diplomas. (...) Ahora, nos dan la ayuda social de los hijos directamente a nosotras. Hay que darles comida, vestirlos y equipar su habitación. Las mujeres tienen su cuenta bancaria. Y la poligamia está prohibida. »

El esposo de Kadia nunca quiso que trabajara pero ella siempre ha hecho trenzas en su domicilio. Para las mujeres que ahora tienen 50 años, es imposible encontrar trabajo. Los hijos crecieron y ya ellas no reciben las ayudas estatales, por lo cual dependen de la solidaridad de éstos. Sus esposos, a menudo mayores que ellas, cuando se pensionan quieren volver a su pueblo natal, donde en algunos casos tienen otra esposa más joven. « Pasan seis meses allá y es la mujer que se las arregla para tener con qué comer. Eres tú que pagas las facturas y si no pagas, te echan. »



Se estimaba que en 2004 la población migrante representaba el 3% de la población total senegalesa, entre la cual solamente el 16% serían mujeres. Las remesas alcanzaban el 3% del PIB nacional (500 millares de francos CFA en 2007 – US\$ 1,1 billones- según el FMI). En un país mayoritariamente rural (59%) debilitado por la pobreza y la sequía, los esfuerzos de organización y de solidaridad de la población emigrada y local, así como las remesas individuales, pero sobre todo las colectivas de los migrantes son un factor clave del frágil desarrollo de las localidades de origen.*

Esta historia de vida fue publicada en marzo del 2010 y pertenece al proyecto: "Género y remesas: construyendo un desarrollo sensible al género", realizado por UN-INSTRAW y PNUD, con fondos de Japan WID.

*Fuente: Sarr, Fatou (2010), Migration, transferts d'argent et développement local sensible au genre. Le cas du Sénégal, Saint-Domingue.